

Injuria: el octavo pecado

Diego Correa
Educación Secundaria

Introducción

El infierno es en la literatura un lugar posible. Un espacio donde la ficción puede desembarcar y desarrollarse desde diferentes posibilidades. Desde la experiencia personal o desde la poética e imaginaria voluntad de pensar el mundo.

El adjetivo “infernial” pensado en un texto literario es muy amplio. Tanto que podemos pensar en ejemplos muy diferentes en su género como en su tiempo. Piénsese en el *Infierno* de la *Commedia* que escribió Dante como en la protagonista de *Torquator*, Yolanda, del escritor uruguayo Henry Trujillo. Es decir, la representación de un infierno como escenografía, como experiencia de vida material o espiritual, se da en la literatura de variadas maneras.

En este sentido amplio, antes mencionado, el propósito es establecer algunos puntos de diálogo entre el clásico universal de Dante, *Infierno*, y la primera novela publicada por Apegé (acrónimo de Álvaro Pérez García, San José, Uruguay, 1974) titulada *Injuria*, publicada en 2011.

En una entrevista que se publicó en el blog de Criatura Editora, responsable de editar la novela de Apegé, el autor señala que “los uruguayos nos salteamos una etapa; la de narrar el dolor”. Ese dolor está claramente desarrollado en el texto desde la vivencia afectiva del protagonista estableciendo así un claro nexo con la obra poética enunciada desde la primera persona. Además de especificar que se refiere al dolor vivido por la población homosexual y del que la literatura uruguaya no se ha ocupado. Podríamos considerar entonces que la propuesta de su novela se permite, y nos permite, abordar un infierno cercano, conocido y hoy visible; el infierno vivido por llevar adelante una afectividad y una sexualidad orientada hacia el mismo sexo.

Ahora bien, es necesario atender la particularidad de los campos emotivos, ya que el protagonista de la novela es un homosexual asumido, que en un momento de su vida decide realizar un viaje sin piedad por su interior y su pasado. Esto acarrea una visita dolorosa a su infancia, destapando de ese modo la génesis de la injuria maldita. Por otra parte, Dante personaje aparece como un desafortunado pecador que se ha alejado del camino moralmente correcto. Por lo que deberá emprender un viaje hacia su dios que le otorgue la salvación a su alma. El nexo entre ambos personajes podría estar dado por la necesidad de encontrar la salvación de alguna manera, o de todas, a su atormentada alma. Para lograr este propósito ambos se aventuran en un viaje que los hará pensarse en el mundo y descubrir un sentido a su existencia.

Dos grandes momentos en la cultura occidental: el Hombre de la Edad Media que se construye a sí mismo a través de su dios y el hombre de la posmodernidad; el ser que debe construirse a sí mismo porque Dios ha muerto, como señala el filósofo alemán Federico Nietzsche en su libro “La gaya ciencia”, de 1882.

El octavo pecado

Sabido es que existen en el Cristianismo, como religión que es, unos valores morales que hacen al buen cristiano. Es decir, un conjunto de reglas destinadas a regular el accionar de los creyentes en función de lo que se entiende por lo bueno y lo malo.

En este contexto existe un nombre claro para toda acción que rompa o se aleje de ese paradigma moral: pecado. En el Diccionario de espiritualidad (Ancilli, 1987) se aclara que el obrar pecaminoso puede considerarse en tres niveles fundamentales: a) nivel sensitivo, b) nivel moral y c) nivel religioso. En el caso del pecado en un nivel moral “El elemento determinante no es la acción misma, sino la intención que mueve y anima la acción.” “(...) una infidelidad libremente consentida a los valores auténticos de la realización de uno mismo.” (Ancilli, 1987, Tomo III, pág. 118).

De esta manera, la mala intención de una acción provocaría un daño moral a una persona. Podemos dañar a otro ser con nuestras malas intenciones. Podemos pecar, según la lógica cristiana, al cometer un daño moral. En este entendido, en el mismo diccionario, encontramos que existen ciertos vicios que acarrearán pecados, por ser desórdenes de los sentidos y son siete. Los siete pecados capitales. A saber: lujuria, pereza, gula, ira, envidia, avaricia y soberbia. Este número de pecados lo establece en el siglo VI el Papa romano Gregorio Magno, para los cristianos de Occidente, estando aún en plena vigencia entre los creyentes (Ancilli, 1987, pág.575).

¿Por qué proponer un octavo pecado al paradigma cristiano? Esta pregunta resulta fundamental para entender el punto de vista que la ponencia pretende plantear en relación al diálogo de los textos en cuestión. Es decir, la novela *Injuria* da una posible oportunidad de reflexionar sobre nuestras prácticas morales, sobre nuestra práctica de ejercer daño moral a otras personas. Ya sea por vestirse con ropa que no corresponda a su sexo o no reproducir un hegemónico modelo patriarcal y heterocentrista.

Por tal cuestión es que se plantea como posible, se desprende de la lectura, incorporar a los siete pecados capitales uno más: la Injuria. ¿Pero qué es la injuria?

Según la R.A.E. el término injuria se define como un hecho o dicho contra razón y justicia. Podemos entender que una injuria es un daño que hacemos, es provocar en otra persona un agravio,

ultrajar con la palabra. Esta dimensión última expresa el espíritu dañino del mal. Realizar esta acción es hacer el mal. Se comete el pecado. En el ámbito del *Infierno* que nos presenta Dante, los pecados tienen un orden y el castigo para ellos está, como ya se sabe, relacionado al mismo o en oposición, pero casi siempre se establece un vínculo simbólico entre ambos (Dodera, 1974, pág.20). Se puede pensar, por ejemplo, en el infernal torbellino que atormenta, revolviendo y golpeando, a los espíritus que sometieron la razón al apetito carnal. El mismo torbellino pasional, la misma fuerza irracional que dominó a los amantes es, en el eterno castigo, la que los atormenta, llevándolos de un lado a otro sin alivio, descanso ni esperanza (Canto V, pág.57).

Siguiendo esta lógica entonces podríamos preguntarnos ¿cuál es el castigo que merecemos por cometer una injuria? ¿De qué manera debemos ser castigados por ejercer daño moral sobre otra persona? Si la injuria es un ultraje con la palabra el castigo podría estar relacionado al ejercicio de la misma, y de este modo, el pecador podría quedar limitado a expresarse únicamente con monosílabos por el resto de su vida o directamente al mutismo. Quedando así imposibilitado de comunicarse plenamente.

El Viaje

Luego de exponer el diálogo que en mí despertó la lectura de la novela haré una mención al asunto del viaje en ambos textos por considerar que es este el motivo literario que los une.

Como antes se menciona, ambos protagonistas emprenden un viaje, un recorrido por profundidades infernales. Uno poético e imaginario y el otro descarnado y narrado con dolor propio. Aquí se puede ver una diferencia con el tema del dolor en ambos textos; Dante personaje es espectador del dolor que sufren los pecadores mientras el periodista que protagoniza la novela es el protagonista de todo el dolor narrado en ese universo.

En común los textos organizan el recorrido en tres etapas o reinos. *La furia*, *El niño* y *Manifiesto* podrían corresponderse con *Infierno*, *Purgatorio* y *Paraíso*. Un comienzo terrible y un final feliz, un encuentro con la salvación al costado de su dios para el hombre medieval y una libre aceptación de los sucesos que conforman al hombre posmoderno. “Defender la soledad significa que ya no hay a quién pedirle salvación” (*Injuria*, pág. 72). El hombre solo con su soledad, sin salvación, aceptando que no hay salvación, refleja claramente una manera de entenderse y entender el mundo en esta actualidad que nos toca vivir.

El Comienzo

Todo viaje tiene un comienzo, una partida, y aunque no siempre se llega a buen puerto siempre hay un final.

Un punto al que me voy a referir a continuación salta a la vista de cualquier lector más o menos cauto. Recordemos el comienzo del recorrido dantesco en ese primer canto que sirve como introducción: “Hallábame a la mitad del camino de nuestra vida (...)”. Inmediatamente Jorge Luis Borges realiza en la traducción, de la edición consultada, una nota aclaratoria. En la misma explica que la mitad de la vida serían los 35 años citando el Salmo XC, versículo 10, en el que se lee “Los días de nuestra vida son setenta años” (pág. 35).

La novela de Apegé comienza de la siguiente manera: “Tengo 35 años y me miro desconfiado en el espejo del baño (...)”. Al igual que el poeta florentino, el narrador protagonista comienza su relato marcando el tiempo vivido. La referencia es, probablemente, un punto que separa el pasado y el futuro, repasar lo vivido y pensar lo que queda por vivir. La edad es en ambos casos como un ancla que obliga a detener la marcha del navegante para volver a orientarse y retomar el viaje. Curiosamente ambos protagonistas sienten este receso a la mitad de sus vidas. Como si una crisis existencial y madura hiciera reflexionar a los hombres sobre su condición, sus adicciones y sus culpas.

Esta referencia etérea inscribe al protagonista de *Injuria* y al de la *Comedia*, en la literatura bíblica, de la que al parecer, culturalmente, ya no podemos escapar. Aclara J. L. Borges y lo podemos constatar nosotros que en el *Salmo XC* se lee: “Los días de nuestra vida son setenta años,/Y ochenta en los más robustos,/Pero también la robustez es apariencia, una nada,/Porque pasa en un instante y volamos.”

Terrible certeza de la condición humana. Estamos vivos y nuestra vida no es infinita. La finitud de nuestra existencia es inexorablemente real para la carne, nuestro cuerpo. Sabemos que vamos a morir y eso, al parecer en todas las épocas, no deja dormir a más de un escritor. Podríamos pensar en Francisco de Quevedo y en el soneto *Significase la propia brevedad de la vida (...)* que expresa: “Asadas son la hora y el momento/ que, a jornal de mi pena y mi cuidado,/cavan en mi vivir mi monumento.” La obsesión por el tiempo que escapa y la cercanía que nos trae con la muerte. También podemos recordar unos conocidos versos de Rubén Darío que expresan: “Y el espanto seguro de estar mañana muerto,/ y sufrir por la vida y por la sombra (...).

Moisés en el citado *Salmo XC*, en el versículo 12, pide a su dios la enseñanza de poder contar nuestros días para adquirir un corazón sabio. ¿Será este el motor que mueve al protagonista

del relato a pararse frente al espejo?

El espejo que es, como menciona Cirlot (2006, pág.200) “símbolo de la imaginación – o de la conciencia- para reproducir la realidad formal”, la autocontemplación y reflejo del universo. Los 35 años de vida indican el momento de la reflexión. ¿Quién es él? ¿Qué ha hecho con su vida y su persona? “Siento que todo lo que hice de mí fue para llegar hasta este punto: mirarme en el espejo y repudiar al hombre que veo” (*Injuria* pág.9) El espejo es, lo que para el florentino, la entrada al Infierno. Al infierno de su existencia, al horror y al dolor de una vida sin amor, de sexo salvaje, cocaína y whisky. Aquí comienza el recorrido de una Alicia gay por un infierno real, cotidiano y montevideano. El repudio de su propia persona es el indicador en rojo, intermitente, de que algo no es como se supone que debería ser o, al menos, como se pensó que sería.

Este relato infernal es, también, el relato de muchos. Porque hoy, 2014, el marco legal ha cambiado en relación a la discriminación y los derechos de la llamada “diversidad sexual”, pero como declara Apegé en la entrevista publicada en el blog de Criatura Editora, “los uruguayos nos saltamos una etapa: la de narrar el dolor”. Ese dolor que se sufre públicamente por orientar nuestro afecto y sexualidad hacia personas del mismo sexo.

En este sentido el relato conforma un universo dantesco, narrando el dolor de una vida que es muchas vidas, de una persona que es muchas personas, de un ejemplo que vale por miles.

Es un viaje por el infierno interior; los recuerdos, las emociones, los cuerpos que poblaron esa vida aparecen en diferentes círculos sufriendo el castigo de la moral dominante que es la referencia de lo que entendemos como lo bueno y lo malo.

Bien vale entonces la reflexión del protagonista frente al espejo. Y bien vale también el viaje de Dante por los reinos de su universo. Porque ambos viajes son una necesidad, parten de la necesidad de pensar nuestra moral. Se podrían ver como una reflexión profunda del “yo” y lo que hemos hecho con él. Una pregunta que puede ser causa del horrendo dolor de estar vivos, “Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto” como escribió el poeta nicaragüense.

¿En qué nos hemos convertido? ¿Qué hicimos con nosotros? Este Narciso se mira en el agua y repudia lo que ve. Al contrario del mitológico personaje, no le agrada en absoluto su propia imagen. No le agrada su dimensión física, su “barriga llena de whisky semibarato que no encaja con su cuerpo enjuto” (*Injuria*, pág.9), ni lo inventado con él mismo. Una enorme insatisfacción.

Finalmente, y a modo de conclusión, solamente quiero responder a una pregunta que yo mismo me hice ¿por qué contar esta historia?

En la página 61 de la novela, llegando al final de la historia, el narrador manifiesta un episodio crucial para entender el comienzo de todo. Se lee: “Ese día te encontraron con las ropas puestas de tu hermana”. Y más abajo: “No sabías nada, solo que era el juego más secreto que tenías hasta que lo descubrieron y entonces comenzó el andamiaje, fue la piedra fundamental de la injuria”. Palabras por demás elocuentes, que en un juego de desdoblamiento del yo, el narrador refiere a sí mismo. Palabras que dan coherencia a tanta locura interior. Imaginemos la vida de ese niño, imaginemos el sentimiento de desnudez y vergüenza que le impuso desde ese momento la familia. Imaginemos ser forzados a una cura que no existe, aunque varios han intentado encontrar, pero sin éxito, porque la homosexualidad no es una enfermedad.

Bibliografía

- Pérez García, Álvaro (2011) *Injuria*. Montevideo: Criatura Editora.
- Alighieri, Dante (2011) *La divina comedia*. México: Océano. Prólogo de J.L. Borges.
- De Quevedo, Francisco (1982) *Antología poética*. Argentina: Ediciones Orbis, S.A.
- Darío, Ruben (1959) *Cantos de vida y esperanza*. Argentina: Espasa-Calpe.
- Trujillo, Henry (s/a) *Gato que aparece en la noche*. Montevideo: E. B. Oriental.
- Schökel, Luis Alonso y Mateos, Juan (1987) *Salmos y cánticos*. Madrid: Ediciones cristiandad.
- Dodera, Julio (1974) *Dante*. Montevideo: La casa del estudiante.

Diccionarios

- Grimal, Pierre (2010) *Diccionario de mitología griega y romana*. Argentina: Paidós.
- Cirlot, Juan Eduardo (2006) *Diccionario de símbolos*. España: Siruela.
- Ancilli, Ermanno (1987) *Diccionario de espiritualidad*. España: Herder.

Sitios web

www.rae.es

<http://www.taringa.net/posts/ciencia-educacion/8067379/Nietzsche-nos-dice-Dios-ha-muerto.html>

<http://criaturaeditora.blogspot.com/2012/03/injuria-apege-alvaro-perez-garcia.html>